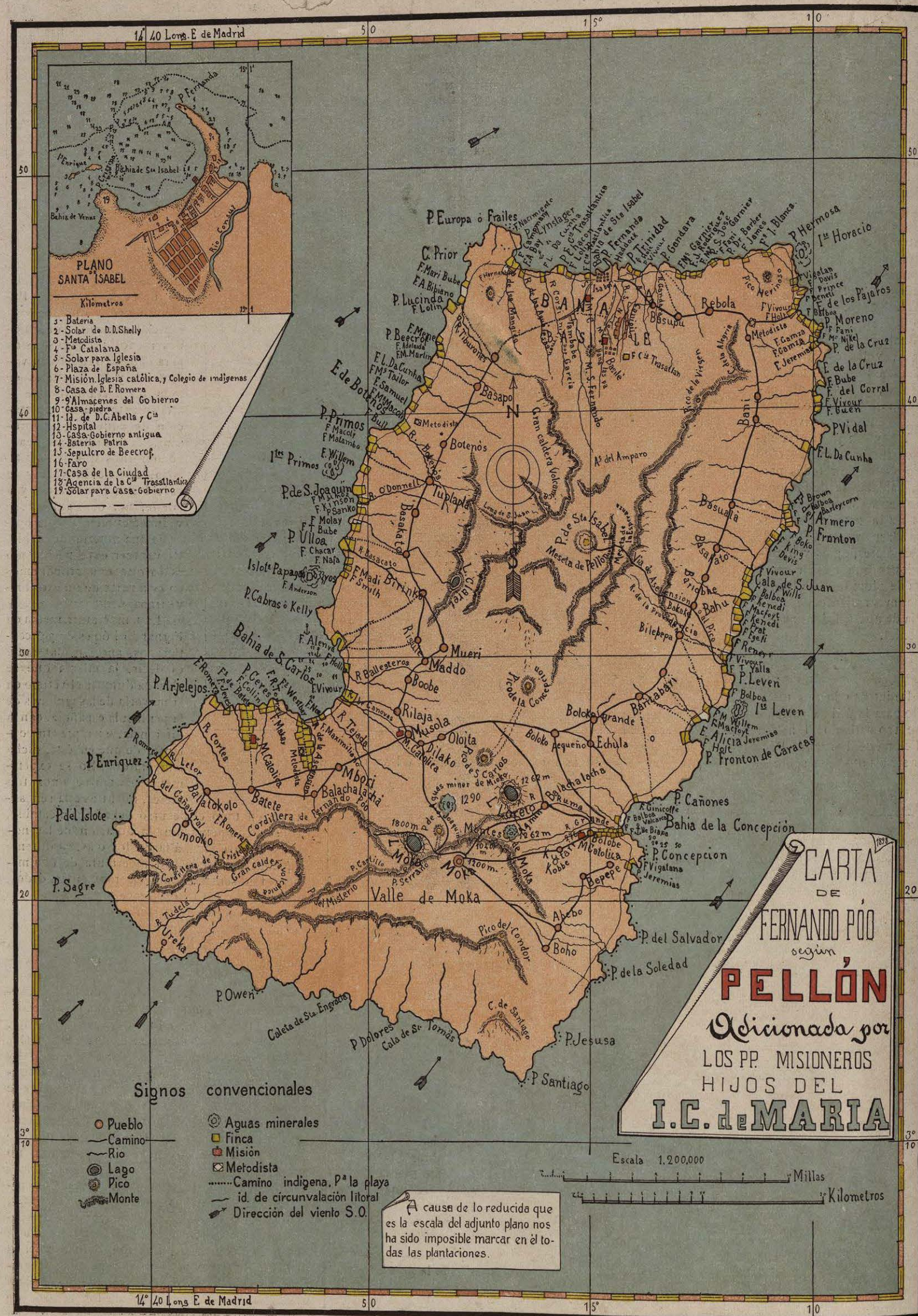


anemia, que está mucho más generalizada que la anterior, y que tiene su origen en el exceso de trabajo y en el sistema de alimentación. Esta, sin embargo, el mismo europeo es quien debe combatirla y evitarla, no descuidando la regularización de trabajo, alimentándose convenientemente y no abusando del empleo de las bebidas alcohólicas.

Desechen, pues, todo temor, á ese fantasma de la insalubridad de Fernando Póo, y vengan allá quienes crean poder realizar en aquellos países su fortuna, no olvidándose de que, según el adagio reza: *nadie se muere hasta que Dios quiere.*

F. LUIS OBIOLS



MAPA DE FERNANDO PÓO



EXCMO. SR. D. CARLOS GONZÁLEZ ROTHVOOSS, ACTUAL GOBERNADOR CIVIL DE BARCELONA.

Retrato al óleo, ejecutado por CRISTÓBAL MONTSERRAT.

EL CASTIGO

El majestuoso silencio de la noche anegaba mi alma en una tremenda languidez... ¡Había estado luchando mi corazón tanto tiempo!... Mi espíritu, agobiado, clamaba por el reposo; pero la mente, rebelde, se oponía al clamor con una tenacidad horrible. La sospecha, como terrible áspid, se enroscaba en mi pecho envenenando al nacer el menor asomo de ventura. Mis ojos, ciegos para la dicha, veían en cambio, y agrandado quizás, todo aquello que iba asesinandome con aterradora lentitud. El ludibrio echa su grano de arena a la faz de un cuitado, y ese ligero golpe que roza apenas la epidermis, resuena en el alma como hundimiento espantoso de algo muy alto y muy querido. Es en vano que se recurra al raciocinio: allá en la sombra, en una penumbra confusa de impiedad, de recelo y amor propio, surge una imagen: la duda; lo más cruel, lo más terrible.

Apartando cautelosamente un cortinaje, pasé el umbral del saloncito. El viento, afuera, semejaba un canto fúnebre, algo incierto, indefinible; un aluvión de fantasías macabras, multitud de ecos tristes de un no sé qué imponente. El granizo, chocando violentamente contra los cristales del balcón, parecía modular notas de una música extraña salmodiada por bocas de esqueletos. Di un paso con temor y me estremecí.

Los tizones apagados en la chimenea, recordáronme instantes felices, momentos de dulce intimidad pasados al amor de su lumbre. Todo lo mismo, ordenado como ayer, como en otros días venturosos; muebles, libros, *bibelots*, cuadros... El trastorno sólo estaba en mí sér... Eso sí, en el ambiente algo sutil, como emanado de la infame cuyo retrato, al débil reflejo de la muriente luz, destacábase allí impertinente, altivo, cual burlándose de su juez, notábase algo repugnante, de clasificación difícil... ¡Todo lo mismo, menos mi corazón!... Y di otro paso... La encubridora alfombra ahogaba mis pisadas. Parecía hecho adrede; pero yo sentía un martilleo inaguantable en las sienes al galopar de la sangre que hervía a más no poder.

Traspuse otro aposento: el oratorio. Ante el Cristo que pendía de la cruz, me detuve; besé el reclinatorio en una mezcla singular de coraje y lástima, ira y fervor, inefable placer y amargo desencanto. Allí mismo, allí, entre sus rezos, acaso pidió al Mártir Sublime perdón por su falta... allí, entre preces, en vano tal vez se empeñó su pensamiento en olvidar la acción inicua!... Con frenesí, agitado, convulso, loco, interrogué con la mirada incierta a la santa imagen.

«¿Qué os dijo, Señor?... ¿os mintió acaso?... ¿profanó en la oración vuestro nombre excelso?... ¿involucró en la plegaria el cinismo?... ¿buscó en Vos la piedad cuando se sintió caer sin remedio?... ¿no la disuadisteis?...»

Y en aquel instante, confundidos con la piedad iban los celos, unos celos mortales como nunca creí que existiesen; unida con la compasión iba la cólera... Y seguía el silencio, un silencio sepulcral, una calma fúnebre... Por un instante, se me antojó hallarme en una tumba enterrado vivo por equivocación... sentí las ansias más atroces... me horrorizó la idea de una agonía interminable. Y suspiré casi sin aliento; el aire parecía responder con impetu quejumbroso, como gigante invisible remedándome únicamente. Entonces acreció primero el temor, luego la cólera, por último el arrebató. Volví a mirar el crucifijo, y á buen seguro que en mi mirada hubo asomos de increpación que cedieron al rápido horror de mí mismo... Allí, allí también se habían dirigido sus ojos muchas veces. ¡Cuántas no lo vi casi con disgusto! ¡Yo quería para mí, para mí solo, las miradas de la pérfida!

Apoyéme en el quicio de la puerta para no caerme al estar junto a la alcoba... ¡Qué de esfuerzos para recobrar el salvaje valor que en mí se había iniciado!... Entré

con ímpetu... sentí el vértigo, unos deseos horribles de hacer daño, de acabar de una vez para siempre con mi infortunio. Y di otro paso... y otro... Una pequeña lámpara despedía su fulgor escaso... El lecho, blanco como el armiño, parecía la cuna de un ángel... El cuerpo, hermosísimo, descansaba en infantil descuido; el rostro, más bello que nunca, se sonreía con una placidez inefable...

«¿A quién, Dios mío, á quién le estaría sonriendo en tal instante?... Su sueño era tranquilo... ¡Qué enormidad! ¡ser reo del delito más atroz, y poder conciliar el sueño!... ¡Me acerqué más... más!... La ciega cólera iba cediendo al contemplar aquel dechado; la ira iba siendo presa de la ternura... Comprendí que algo imponente amenazaba traicionar á mis fuerzas, y una voz sorda, apenas perceptible ya, me recordó que era preciso cumplir el propósito, castigar, terminar de una vez... Avancé todavía hasta casi rozar las ropas de la cama... El abultado seno, como en oleadas de pujante vida, movía suave y acompasadamente el cobertor; los cabellos rubios se esparcían como hebras de oro por la fina holanda revueltos, confundidos... Era la misma tentación, la tentación de siempre, lo para mí irresistible... Pero yo había jurado castigar á aquella preciosidad impúdica... iba decidido á extrangularla... Me abalancé con ademán resuelto, ¿sabes?... con toda la energía de mí sér... Mis manos rozaban ya su garganta... cuando sonó un suspiro... un suspiro suyo, ¿entiendes?... Las hermosas pupilas se fijaron en mí candorosamente... se entreabrieron los labios para dar paso á una exclamación que fué un portento... ¿Has visto abrirse el cáliz de una rosa? ¡Igualito! ¿Oíste una modulación de querube? ¡Lo mismo!...»

Caí de rodillas, y mis labios entonces buscaron frenéticamente los suyos, en una embriaguez inexplicable... ¿Te parece á tí? ¡Este fué el castigo!...

SEBASTIÁN GOMILA

JUAN SOLDADO

(Conclusión).

LEGÓ el instante de la separación, no por previsto, menos triste. Juan fué llamado á las filas, y el idilio amoroso, poco antes comenzado, hubo de interrumpirse bruscamente.

¡Cuán conmovedora fué la despedida de los dos amantes!

Hubo nuevas protestas, nuevos juramentos... un apasionado abrazo, un largo ¡adiós!... ¡Luego, una joven que cae desmayada en brazos de su padre y un quinto que se incorpora al pelotón, limpiándose una lágrima con el envés de la mano hacia el grupo donde queda su alma, hacia el caserío del pueblo donde nació y donde vivió, obscuro y feliz!

Luego... ¡nada más!... Es decir, sí; luego, todo lo contrario que hasta entonces: la vida del cuartel, á la vez ordenada y bulliciosa, las ordenanzas con sus terribles artículos, el ejercicio con sus molestias y con las enormes dificultades que ofrece á los rudos hijos del pueblo, las *mecánicas*, las revistas, la áspera voz del cabo y del sargento, la severa y grave de la oficialidad, la obediencia pasiva, el rancho, el calabozo... ¡Qué cambio tan completo!

Juan, como otros muchos, se desesperó unos cuantos días; creyó que el mundo se le había venido encima; ¡hasta tuvo intenciones de suicidarse!...

Después se fué calmando, fué habituándose á la nueva vida y acabó por pensar que no era más mala que cualquiera otra y que hasta sería pre-



MONUMENTO AL DOCTOR ROBERT (PROYECTO APROBADO). — Escultura de JUAN LLIMONA.

ferible á los demás géneros de existencia... ¡si él pudiera tener á su lado á Teresa!

EMILIO SALA

Pocos meses llevaba Juan en el servicio cuando, en los últimos del año 1859, las groseras ofensas inferidas á nuestro pabellón por los marroques motivaron la declaración de guerra y dieron ocasión á la breve y gloriosa campaña que se conoce vulgarmente bajo el nombre de *La guerra de Africa*.

Juan, sano de corazón y de entendimiento, era, de consiguiente, buen patriota. Marchó, pues, á la guerra resuelto á cumplir su deber, á sacrificarse, si preciso era, por la nación en que había visto la primera luz. Además, como á su edad las ilusiones se suceden sin interrupción, hubo de decirse: — ¡Venceremos! ¡Dios me conservará la vida! ¡Regresaré á España y me casaré con Teresa!

¡Este era el fin obligado de todas sus mentales disquisiciones!

No es nuestro ánimo hacer la historia de la gloriosa guerra en que lucharon nuestros padres contra una nación poco civilizada, pero fanática y valerosa, contra un clima ardiente, contra los temporales, contra la mala fe inglesa; y sin embargo escribieron en los anales patrios esas hermosas páginas que se llaman los bombardeos de Larache y Arcila, la toma del Serrallo, las victorias de Wad-Ras y de Tetuán; en suma, una campaña de pocos meses, en los que se dieron sesenta acciones, que constituyeron otros tantos triunfos y que inmortalizaron los nombres de O'Donnell, Prim, Echagüe, Ros de Olano, etc., etc.

Basta decir que la *pérfida Albión* logró arrebatarnos casi todo el fruto, pero no pudo quitarnos la honra de haber asombrado al mundo, hasta á nuestros propios enemigos declarados y encubiertos, con la bravura de nuestros soldados y la pericia y arrojo de nuestros generales.

Ante Tetuán se firmó la paz que nos valió inmenso prestigio, escasísimas ventajas territoriales y una nube de los famosos *ochavos morunos*, y comenzó la repatriación de las fuerzas expedicionarias, acogidas en todas partes con delirante y justificado entusiasmo.

¡Días hermosos aquéllos cuyo recuerdo conmueve el corazón de todo buen español y que constituyen legítimo y preciado motivo de orgullo para nuestros padres!...

Poco después de haberse firmado la paz, desembarcaba en Barcelona un soldado manco, desmejorado, macilento, que no se detuvo en la condal ciudad sino el tiempo necesario para encaminarse, en diligencia, á Girona, ni se detuvo en ésta más que para descansar un par de horas.

Luego se dirigió, á pie, al pueblo de que hemos hecho mención al principio de esta sencilla historia.

Aquel soldado llevaba sobre el pecho la Cruz de San Fernando y ostentaba asimismo la banda y el canuto de licenciado.

Su andar era lento, menos por cansancio físico que por abatimiento moral.

Al llegar al pueblo en cuestión, sintió que le flaqueaban las piernas, nublóse su vista y hubo de apoyarse en un árbol de la carretera para no caer al suelo.

— ¡Acabemos! — murmuró. — ¡Es preciso llegar hasta el fin!...

Y penetró en el pueblo, donde no tardó en verse rodeado de hombres, mujeres y niños, que exclamaban:

— ¡Calle!... ¡Es Juan!... ¡Juan que vuelve con un brazo menos!

Corrió la voz, y cuando el mozo llegó frente á su casa, salían ya desalados á recibirle sus padres, dos hermanos menores que tenía... ¡y Teresa!...

La escena de la llegada fué tan conmovedora como lo había sido la de la partida y, si cabe, más triste aún que lo fué ésta.

Juan, sin fuerzas para nada, dejóse abrazar, besar, estrujar por sus parientes...



UNA CHULA.

Luego, volvióse hacia Teresa, que le miraba con aire extraño y, llevándola aparte, la dijo con voz trémula:

— ¡Ya no soy el mismo de antes!... ¡Soy un pobre lisiado, un inválido, á quien sin duda encontrarás ridículo, que te devuelve tu palabra y que...»

La joven no le dejó concluir. Cogióle con ambas manos la cabeza, que atrajo hacia sí, y acercándole al oído dos labios más rojos que el coral, murmuró:

— ¡Las catalanas no tenemos sino una palabra... y además te amo!...

Juan, delirante de alegría, la estrechó contra su corazón con el único brazo que le quedaba, mas con tanta fuerza como con ambos la había abrazado el día en que supo que era correspondido.

Teresa y Juan se casaron pocos meses después del regreso de éste; adquirieron por traspaso y á pagar á plazos, que no tardaron en ser satisfechos, la tahona del antiguo principal del joven, y fueron padres de cuatro tiernos vástagos, que hoy ya están duros y algo maduros...

¡Con lo que se demuestra que Juan no fué manco... ni aun después de haber perdido el brazo izquierdo!

EDUARDO BLASCO